

## **SENTIDO DEL LÍMITE Y EXPERIENCIA DE DIOS**

Antonio Jiménez Ortiz\*

### *1. Complejidad, confusión y deseo de omnipotencia*

Secularización y libertad religiosa, pluralismo y tolerancia, individualismo y solidaridad, filosofía de mercado y política social, ambiente empirista y tendencias espiritualistas, participación democrática y poderes anónimos, ciencia y esoterismo, violencia y movimientos pacifistas, sensibilidad ecológica y contaminación ambiental, política y corrupción... son algunos de los binomios que describen la complejidad de las sociedades occidentales.

En la posmodernidad dejaron de estar vigentes los sistemas de referencias globales de carácter ideológico y religioso que nos han orientado en las últimas décadas: sólo quedan subsistemas o fragmentos de ideologías que no tienen la capacidad para abrir un camino en la jungla de la sociedad contemporánea. El pluralismo ideológico se hace inabarcable y reina la confusión: son muchas y muy dispares las jerarquías de valores en circulación.

Adultos y jóvenes andan obsesionados por la inseguridad y por la vulnerabilidad de las relaciones afectivas y sociales. Así se puede entender esa búsqueda continua de espacios privados, y el tribalismo de muchos jóvenes necesitados de apoyos emocionales y de grupos cerrados. Y desde ahí hacen una selección a la carta de las diversas ofertas de todo tipo que se dan en la sociedad, guiados por sus intereses personales. Se confía en el amigo, en la familia, en el entorno cercano, mientras se toma distancia frente a las instituciones sociales y se rechazan las iglesias. Se siente la necesidad de sentido, de orientación, de luz en un mundo complejo y conflictivo.

Descubrimos en la sociedad actual síntomas de una curiosidad morbosa por todo lo esotérico y paranormal, por lo misterioso. Pero la nostalgia del Misterio, como realidad sagrada, se ve dificultada por el ambiente consumista y el ensimismamiento narcisista. Los demás son normalmente bienvenidos si no traen problemas: no hay ningún deseo de asomarse a su misterio personal ni de profundizar en el propio. Es mejor vivir al día y con relaciones gratificantes y superficiales. Se huye del dolor y

---

\* Profesor de Teología Fundamental en la Facultad de Teología de Granada.

se margina socialmente la realidad de la muerte, experiencias ambas que durante siglos abrían a los hombres y mujeres a la pregunta del más allá y del Misterio trascendente.

Los jóvenes, en gran parte, no rechazan a Dios y creen en él: pero lo desean familiar, cercano, domesticado, gratificante emocionalmente. Es preferible una imagen de Dios como fuerza cósmica manipulable, que no como un Tú en un diálogo responsable y exigente. A los adolescentes y jóvenes les resulta muy difícil comprender que la fe tiene que ver también con desierto, sed, riesgo, noche oscura, con el "Mysterium tremendum et fascinatum" de la búsqueda religiosa del ser humano durante milenios.

El siglo XX ha sido un siglo de grandes pasiones: ni el progreso de la ciencia y de la técnica, ni las ideologías políticas que han recorrido el siglo con utopías y revoluciones, ni las guerras mundiales y regionales que lo han sembrado de violencia y terror, ni los miles de mártires que han dado testimonio de su Dios o de su esperanza terrena, ni la literatura, ni las vanguardias de la pintura, ni la historia del cine, ni el inicio de la conquista del espacio... pueden entenderse sin mujeres y hombres apasionados por una idea, por un proyecto, por una causa, por la búsqueda incesante de la belleza, de la libertad, del amor...

Y ahora vivimos el reflujo de la pasión. Bastantes adolescentes y jóvenes van creciendo pensando que las cosas... y también desgraciadamente las personas funcionan y actúan por simple presión de botones. Y en la informática podemos borrar una palabra fuera de sitio, una página brillante, una historia o una imagen, o toda una biblioteca... con sólo tocar una tecla, sin ningún tipo de dramatismo. Se pasa por la vida intentando que los acontecimientos, vivencias y experiencias no dejen huellas, siempre ligeros de equipaje en principios y convicciones.

Lo más acertado es no hacer renunciaciones ni grandes sacrificios, no ponerse límites, no encorsetarse en un credo determinado, mantener la libertad de abandonar cualquier compromiso para entregarse a la inmediatez de los deseos y necesidades: patinar, flotar, volar... no atarse ni dejarse entusiasmar por la pasión. Se vive durante años con la fantasía de que la existencia se puede programar y dirigir con la libertad que da un imaginario y omnipotente mando a distancia: "Todos los delirios de grandeza, actuar a distancia sobre el mundo, vencer la gravedad, experimentar la omnipotencia del pensamiento, pueden ser satisfechos pulsando un botón, atravesando una célula fotoeléctrica"<sup>1</sup>.

La ciencia y la tecnología al servicio del consumo alientan el deseo de omnipotencia. Pascal Bruckner afirma gráficamente que el progreso atiza nuestra

<sup>1</sup> P. BRUCKNER, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona <sup>2</sup>1996, 63.

fiebre. La técnica nos mantiene en la religión de la avidez, haciendo que lo posible se vuelva deseable, y lo deseable, necesario. Lo queremos todo y su contrario: que la sociedad nos proteja sin prohibirnos nada, sin obligarnos a nada, que nos asista con afecto, pero sin importunarnos, que esté ahí para nosotros sin que nosotros estemos ahí para ella. La soberanía del capricho pulveriza el principio de la alteridad y debilita los fundamentos del sujeto, porque no se plantean límites de ningún tipo a la avalancha de los deseos<sup>2</sup>. Como lo expresa J. A. Marina: "El Yo se está convirtiendo en un "conjunto impreciso". En todas partes se produce la desaparición de la realidad rígida, la *desubstanciación*, lo que dirige la posmodernidad. Nuestra forma de vivir que no acierta a comprender otros valores que no sean los de la satisfacción inmediata fomenta una disolución del Yo –el Yo disoluto, por decirlo en lenguaje un poco anacrónico"<sup>3</sup>.

La renuncia a la omnipotencia infantil tiene uno de sus cauces más importantes en la capacidad de asumir las frustraciones que provoca la finitud existencial y sus inevitables límites, sin que esas frustraciones desencadenen una destructiva agresividad contra los que supuestamente las generan o contra nosotros mismos. Crecer y madurar significa la serena aceptación de que nuestro deseo puede ser obstaculizado, negado, reducido en sus aspiraciones<sup>4</sup>.

## 2. La negación del límite: la tentación del narcisismo

Ya en 1983 Gilles Lipovetsky hablaba del neonarcisismo<sup>5</sup> como nuevo espíritu del tiempo, en el que sólo la esfera de lo privado puede sobrevivir en el maremoto de apatía frívola que todo lo invade. La preocupación del individuo se centra en su yo y en sus vaivenes psicológicos. El desarrollo psíquico se convierte en una nueva bulimia: psicoanálisis, yoga, zen, expresión corporal, dinámica de grupo, meditación trascendental... están provocando un formidable empuje narcisista, encerrando al sujeto en una circularidad regida sólo por la autoseducción del deseo. Así la búsqueda de autenticidad relega totalmente la reciprocidad, y el conocimiento

<sup>2</sup> Cf. *ibid.*, 64. 108. 110.

<sup>3</sup> J. A. MARINA, *Crónicas de la ultramodernidad*, Anagrama, Barcelona 2000, 142.

<sup>4</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ MORANO, *Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 102-103.

<sup>5</sup> Desde el punto de vista del psicoanálisis el narcisismo es una cuestión compleja: "El narcisismo constituye uno de los conceptos más ambiguos y polisémicos de toda la teoría psicoanalítica. Presente en la constitución de lo que somos, haciendo acto de presencia de modo intermitente una y otra vez en nuestra vida, facilitando nuestros progresos y nuestras retenciones, Narciso es un ser confuso y fácilmente hace caer en la confusión tanto al que lo experimenta como al que lo piensa. Si de Narciso necesitamos para salir adelante con cierta fortaleza en nosotros mismos, su presencia masiva en nuestra vida puede terminar por atorar el encuentro con la alteridad y conducir de ese modo al aislamiento más peligroso y destructor" (*Ibid.*, 198).

obsesivo de sí mismo el reconocimiento del otro, que se abandona en la sombra como polo de referencia en el proceso de humanización<sup>6</sup>.

La experiencia de los últimos años ha confirmado las agudas reflexiones del sociólogo Gilles Lipovetsky. El trastorno narcisista de la personalidad es un síndrome típico de nuestro tiempo posmoderno, por el que se paga un alto precio: vulnerabilidad, desamparo, soledad, vacío, ausencia de sentido, inflación del yo y de sus necesidades, miedo a la alteridad, fragilidad en las relaciones, rechazo instintivo de los límites que supone la finitud existencial. Se cierran los ojos a la realidad y a su opacidad ineludible, y se vive en una nube cargada de sentimientos de omnipotencia. Hay predisposición a la solidaridad. Pero con frecuencia el acto de generosidad está orientado hacia la búsqueda del éxito personal, y en el fondo alimentando la autoestima narcisista y la valoración desorbitada del yo. El compromiso por los demás tiene una base frágil, ya que la búsqueda de gratificación instrumentaliza al otro y sus posibles demandas<sup>7</sup>.

El narcisista, encadenado a sus deseos y necesidades, tiene graves dificultades para abrirse gratuitamente a alguien, que no pueda controlar para ponerlo al servicio de sus intereses. El narcisista no es capaz de discernir la alteridad, no la siente como una posibilidad de maduración<sup>8</sup>. Tiende a manipular la realidad del otro (y por tanto también el Misterio de Dios) para adecuarlo a sus deseos, para convertirlo en herramienta útil de su egocentrismo. Abrirse a la auténtica experiencia de Dios supone la destrucción radical de los muros y defensas de un joven obsesionado por su yo.

El Dios de Jesús es un Dios sorprendente y desconcertante, que rompe nuestros esquemas y planteamientos. Jesús lo sintió en su propia carne en la soledad terrible de Getsemaní, cuando vio cómo se acercaba la muerte: "Se adelantó un poco, se postró en tierra y oraba que, si era posible, se alejase de él aquella hora. Decía: Abba, Padre, tú lo puedes todo; aparta de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Mc 14, 35-36). El Dios de la salvación y de la misericordia sigue siendo un Misterio: "Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor-. Como el cielo está por encima de la tierra, mis caminos están por encima de los vuestros y mis planes de vuestros planes" (Is

<sup>6</sup> Cf. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986, 51. 54. 55. 60. 70. La edición francesa es de 1983.

<sup>7</sup> L. HORSTEIN, *Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad*, Paidós, Buenos Aires - Barcelona - México, 2000, 75: "El narcisista (...) se aleja de los otros o se aferra a los otros. Se aleja cuando siente que amenazan su frágil equilibrio. Se aferra cuando su sed de objeto sólo se sacia en presencia de aquel a quien le toca la función de reflejar al sujeto. Su ausencia torna borrosa tanto la representación de sí como la del otro. En sus encuentros y logros dos interrogantes resuenan: *¿quién es yo?* y *¿cuánto valgo yo?*"

<sup>8</sup> *Ibid.*, 69: "El paciente parece atrapado a la vez por una autonomía que se transforma en soledad devastadora y un acercamiento con el otro que confina con la fusión mortífera. (...) Lo intolerable es la alteridad. Un exceso de presencia es intrusión. Un exceso de ausencia es pérdida."

55, 8-9). Dios interviene misteriosamente en la historia. Ofrece la salvación, pero no abarata el precio de los límites de nuestra existencia.

¿Cómo puede un joven abrirse de forma consecuente y definitiva, desde el narcisismo hedonista ambiental, a la experiencia de un Dios que responde a Moisés: "Cuando pase mi gloria te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi palma hasta que haya pasado, y cuando retire la mano podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás" (Ex 33, 22-23)? ¿Cómo aceptar a un Dios que desbarata mis planes tan pragmáticamente elaborados, que guarda silencio ante mi yo angustiado, que me "saca de mis casillas"?

### *3. El sentido del límite en el acompañamiento hacia la experiencia de Dios*

La mayor parte de los jóvenes a principios del nuevo siglo, en las sociedades europeas occidentales, están marcados por el realismo, el pragmatismo y el utilitarismo. No creen en las utopías y no se fían de ningún tipo de revolución. No se entusiasman fácilmente. En su vida priman la atomización, la simultaneidad, la superficialidad. Se han instalado en la cotidianidad. No tienen grandes convicciones. Son permisivos, tolerantes, relativistas. Les gusta jugar con múltiples opciones y saben reconciliar identidades contradictorias. Se sienten libres, consumistas, generosos, auténticos. No aceptan la injusticia y quieren ser solidarios. Apuestan por fines nobles, pero les falta el ejercicio de la disciplina. Han crecido sin ser educados en lo que significa el concepto de límite. El límite no es plausible para ellos. En una lista de cosas importantes en su vida colocarán a la familia y a la amistad en los primeros lugares y a la religión y a la política en los últimos. Su refugio parece ser la diversión y su paraíso la noche.

Existen, sin embargo, en el ámbito juvenil nuevas posibilidades y vivencias que pueden facilitar el acceso a la experiencia religiosa. Hay que reconocer que desde principios de los años 90 se perciben tendencias que indican un cambio significativo en las sociedades occidentales: están ascendiendo de forma notable los valores posmaterialistas. Se desea y se busca más humanización y personalización, más participación en la vida pública y más libertad de expresión, un entorno humano y natural más bello y ecológico.

Y las prioridades que más suben en los últimos años y que van a marcar posiblemente el futuro inmediato responden a un esquema de valores posmaterialistas: la vida sencilla y natural, la vida familiar, la realización personal del individuo... Se confía menos en el desarrollo científico y tecnológico, y se da menos importancia al dinero como tal. Hay datos para afirmar que asistimos a cierto declive del materialismo craso. Y según estos análisis, los intereses prioritarios se sitúan en el estadio superior de la jerarquía de necesidades del individuo: en el área de lo espiritual, de lo simbólico y de lo estético. Se detecta entre los jóvenes

la existencia de experiencias humanas significativas (entre ellas, su fascinación ante la grandeza y belleza de la naturaleza y del mundo) que rompen la rutina cotidiana, apuntando hacia la dimensión religiosa. Quizás sea más sorprendente interés que despierta en ciertos jóvenes la cuestión del «más allá» como apertura al infinito y como rechazo de la finitud. Y en los ambientes de jóvenes cristianos comprometidos, como por ejemplo en el marco de la vida religiosa, en movimientos eclesiales, en organizaciones juveniles, en los seminarios, se descubre en bastantes de ellos un deseo de radicalidad evangélica y carismática, una búsqueda de simplicidad y claridad, un deseo de vivir en comunidades fraternas y acogedoras, una inclinación hacia la espiritualidad, aunque sea imprecisa y a veces confusa por sus connotaciones psicológicas... Y también comprobamos actitudes de compasión y solidaridad, sensibilidad para la experiencia estética y simbólica. ¿Cómo ayudarles a crear una base sólida para una auténtica experiencia de Dios?

### *3.1 Promover la conciencia de la finitud y de la creaturalidad*

¿Cómo abrir los ojos, la mente y el corazón a la realidad que está más allá del yo narcisista, enquistado en las propias necesidades, deseos e intereses, en una cotidianidad sin horizonte trascendente? Es la confrontación con la muerte la que hace definitivamente consciente de las fronteras de la vida, de la inquietante experiencia de la finitud.

Constituye ya un tópico decir que la sociedad actual se defiende frente al “espectáculo de la muerte”. En otros tiempos y en otras culturas contemporáneas la muerte estaba y está integrada en la vida cotidiana. En nuestro ambiente social han mejorado de forma muy considerable los servicios que rodean esta experiencia extrema del hombre: seguros, unidades especializadas en los hospitales, cementerios, tanatorios, la posibilidad de la incineración... Y sin embargo la muerte sigue siendo una realidad secuestrada prácticamente en el entorno social. Se tiene conciencia de ella cuando acontece en un amigo o en un familiar cercano. Lo demás queda restringido a la presencia obligada en algunos funerales, a las esquelas mortuorias con las que nos tropezamos cuando ojeamos un periódico, a la fría y anónima cifra de fallecidos por accidentes de tráfico en cada fin de semana, a la visión de imágenes en los informativos de la televisión, que, con cierta frecuencia, nos pueden resultar ya tan “virtuales” como las que vemos en las innumerables secuencias cinematográficas de violencia.

Por otro lado la mayoría de los jóvenes suelen vivir la existencia como una evidencia, como algo dado. Y la muerte surge como una sorpresa imprevista que cuestiona la vida cotidiana, su sentido. La muerte obliga al realismo: la experiencia de la vida tiene en su seno una frontera que no se puede atravesar. Los discursos y argumentos parecen vanos ante esta radical derrota del ser humano, que no se puede trivializar ni camuflar, y que representa la evidencia irrefutable de la finitud humana.

La pregunta sobre la muerte desata una cascada de cuestiones. ¿Qué ocurre con los imperativos éticos de la dignidad, de la libertad, de la justicia? ¿Cómo exigirlos si la inmensa mayoría de los seres humanos han desaparecido en el remolino de la muerte sin que haya para ellos la posibilidad de justicia, de libertad, de dignidad? ¿Cómo luchar por el futuro si sólo existe el abismo de la muerte? ¿Dónde fundamentar la esperanza? ¿Qué es mi vida: pura casualidad, singularidad irrepetible? Desde la vida se busca una victoria sobre la muerte: ¿será posible ir más allá, ver más allá de ese hecho oscuro, opaco, impenetrable? Y se constata en el ser humano una confianza última en que el Ser no será definitivamente engullido por la nada<sup>9</sup>.

### 3.2 Reconocer la llamada de la alteridad y sus consecuencias éticas

En la sociedad actual el ocio ha comenzado a ser contemplado como un tiempo central y no sólo posterior al tiempo de trabajo, como un espacio nuclear, y no sólo exterior al conjunto de la vida social. El ocio no puede ya ser comprendido como un fenómeno social marginal, sino como un fenómeno social universal, porque ya no es el privilegio reservado a unos pocos. Ha adquirido el carácter de un derecho cívico que lo constituye como el núcleo fundamental de una cultura de la felicidad y del placer.

El tiempo libre para el joven de hoy se caracteriza por la búsqueda de la satisfacción como fin en sí misma. Es el tiempo de la diversión, que se ha convertido no sólo en una necesidad individual, sino también en una necesidad social que obliga a satisfacerla para no perder prestigio. En el espectáculo se busca el contacto con una realidad que divierta y emocione con levedad, sin abrumar. Así se desactiva lo doloroso, la pesadumbre de lo real, la carga de la responsabilidad. La diversión aparece como la única salvación al alcance de la mano: es la concreción más verosímil de la felicidad<sup>10</sup>. Sin embargo, la realización personal, que tanto se anhela, no puede fundamentarse en el poder hacer lo que a uno le dé la real gana, en la búsqueda continua de la propia satisfacción. Sin los demás no es posible esa realización. Junto a ellos y con ellos me hago persona. Representan en su alteridad el límite y también la posibilidad. Pero si no se reconocen los límites, las relaciones

---

<sup>9</sup> Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 1998, 260-265. Sobre el límite como estímulo, como hito en el camino que nos señala hacia algo que está más lejos: "Plusiers évoquent à ce propos la prise de conscience importante et structurante de nos limites. Ici aussi une connotation positive: "La limite comme une borne pour me donner une indication sur ma route. La limite, dans le sens d'imperfection, me dit que je peux essayer de chercher plus loin, autrement". Au coeur de l'apprentissage des limites, la decouverte de "ce qui permet de les transcender sans les annuler". (P. DE LOCHT, *Limites humaines et transcendance religieuse: considerations subjectives*, en L. S. FILIPPI - A. M. LANZA (a cura di), *Certezze ed esperienza del limite*. Atti del XIV Congresso dell'Associazione Internazionale d' Études Médico-Psychologiques et Religieuses (Aiempr), Franco Angeli, Milano 2001, 163).

<sup>10</sup> Cf. J. A. MARINA, *o. c.*, 138-143.

personales naufragan, cuando se evapora el encanto del sentimiento de fusión del enamoramiento o se desemboca en los callejones sin salida de la manipulación personal, de la instrumentalización erótica, del sadismo o del masoquismo.

En un ambiente social que promueve el narcisismo y la negación de los límites es imprescindible un esfuerzo de sensibilización a los valores más decisivos, a las cuestiones más candentes de la humanidad en estos momentos: el destino del hombre, la pregunta por el sentido, la belleza, el amor, la violencia, la muerte, el sufrimiento y el hambre de millones de seres humanos, el anhelo de infinito del hombre presente en experiencias significativas, la exigencia de justicia, la preocupación por el medio ambiente, las consecuencias del consumismo...

Si queremos que el joven camine hacia la autenticidad de la experiencia de Dios, ha de aceptar que hay valores por los cuales vale la pena comprometer y recortar la libertad, que la vida ha de vivirse también con seriedad, asumiendo la propia responsabilidad. Esto significa saber responder a los demás, aceptando que ni la diversión, ni la competitividad pueden ser los motores de las relaciones personales. Que los demás deben ser acogidos, escuchados. Sus demandas sacuden nuestra conciencia y nos obligan a reconocer sus personas como valores que nos interpelan y que nos llevan al compromiso ético, que abre un camino hacia el reconocimiento de la trascendencia.

### *3.3 Enseñar a decidir: la educación de la voluntad*

Por el influjo de la mentalidad posmoderna jóvenes y adolescentes tienden a un individualismo de tipo psicologista, en el que son los sentimientos o preferencias personales los que orientan con frecuencia su acción y sus decisiones morales. En no pocos jóvenes creyentes suelen ser las emociones despertadas por un testimonio de vida directo, lo que ordinariamente sostiene su opción religiosa. Su religiosidad adquiere un matiz muy afectivo y emocional. Subrayan con énfasis los aspectos vivenciales e, incluso, sensibles de la oración personal y comunitaria. La desconfianza frente a la reflexión conduce sin remedio a la concepción de la experiencia de Dios como algo de tipo emotivo y sentimental, sin consistencia y también con poco futuro.

Ya sabemos que una de las grandes tareas de la formación de los jóvenes es la educación de la voluntad. Y no es sólo cuestión de ejercicio ni de simple fortalecimiento. Debajo del tema de la voluntad hay una serie de actitudes que hacen difícil la toma de decisiones de forma inteligente y crítica, y también resuelta: porque no se ve con claridad la resolución de pasar de la decisión a la acción. Sus opciones y opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas. Su pretensión es poder acomodarse cuantas veces sea necesario en un escenario social siempre cambiante, en el que predomina lo provisional sobre lo estable. La pauta a seguir es el *por aquí* y el *por ahora*, como línea de actuación más realista y eficaz. Esto



puede originar personalidades frágiles, sin certezas asimiladas vitalmente, que no se sienten capaces de opciones definitivas, que comprometan al individuo para siempre, porque no es capaz de renunciar a nada<sup>11</sup>. Y así resulta muy difícil una auténtica experiencia de Dios, que se haga convicción nuclear de la personalidad, capaz de iluminar y de estructurar la interioridad afectiva, el horizonte mental y la tarea de vivir.

¿Cómo lograr el coraje para tomar decisiones que comprometan de verdad? Sabiendo elegir las cosas que cuentan realmente. Por tanto sería cuestión de una confrontación de valores. Pero ¿es posible tal confrontación sabiendo la facilidad con que se cambia de "terreno de juego", con que se convive con jerarquías de valores teóricamente no conciliables entre sí?

Quizás el camino hacia la decisión madura y resuelta en una atmósfera de gran subjetivismo tendría que venir del descubrimiento de su interioridad por parte del joven, acompañándole en el proceso de conocerse y comprenderse de forma realista, y ayudándole a conseguir la capacidad de proyectarse desde dentro, desde su intimidad, desde la soledad interior en la que es posible asimilar la necesidad de decisiones que unifiquen coherentemente la propia existencia<sup>12</sup>. La experiencia de Dios, si es auténtica, siempre me sitúa ante una misión, ante un compromiso. Esto exige el ejercicio de la libertad, sostenida por una voluntad decidida. Y ésta no se adquiere sin la experiencia del límite: porque la voluntad aprende en la obediencia a una idea, a un proyecto. Es decir, en la capacidad de elegir y de renunciar. Y en este punto es de decisiva importancia la educación familiar, el saber orientar y acompañar a los niños en la aceptación de los límites propios de la vida cotidiana. El abandono afectivo o la superprotección conducen a una experiencia de la existencia en la que se ignora el sentido del límite y posibilitan la creación de personalidades sin convicciones firmes, centradas en sus propios intereses, insensibles en gran medida a las necesidades de los demás.

### 3.4 *La gratuidad como aceptación del límite y puente hacia la Trascendencia*

Ya sabemos del narcisismo ambiental en el que crecen adolescentes y jóvenes, del individualismo que se propugna por doquier, y del distanciamiento psicológico que sienten muchos de ellos ante las instituciones y su huida de los compromisos públicos y, sobre todo, políticos. Se da un centramiento en lo pequeño, en lo local, en lo personal y concreto. No es un buen augurio de cara al futuro la alergia que

---

<sup>11</sup> Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *¿Los jóvenes españoles bajo el influjo de la posmodernidad?*, en F.-V. ANTHONY (a cura di), *Seguire i percorsi dello Spirito*. Studi in onore del prof. Mario Midali, LAS, Roma 1999, 136-137.

<sup>12</sup> Cf. R. TONELLI, *Prospettive pastorali per l'educazione all'esperienza religiosa*, en M. MIDALI - R. TONELLI (a cura di), *L'esperienza religiosa dei giovani*. 3. Proposte per la progettazione pastorale, Elle Di Ci, Leumann (Turín) 1997, 45.

sienten bastantes jóvenes frente a la política. Pero al menos tenemos en este tema un sólido punto de partida: de ordinario, la gente joven es generosa si sabemos plantear el tipo de compromiso. Habría que ayudarles a que se descentraran de su localismo posmoderno y a que se abrieran a un horizonte más amplio. Pero sabemos que son sensibles a cuestiones humanas concretas por las que están dispuestos a comprometerse.

El problema es la visión pragmática y utilitarista que tiende a mercantilizarlo todo. “¿Qué saco yo de esto?” es la pregunta insidiosa en el ambiente juvenil frente a la oferta de un compromiso. Y con frecuencia lo que busca la personalidad narcisista es gratificación psicológica, reconocimiento, autoestima, protagonismo. Y es ahí donde hay que ayudar a purificar las intenciones para lograr que aflore la gratuidad.

“¿Por qué hago esto? ¿Cuál es la razón de mi obrar?” El rostro del otro se convierte en símbolo de trascendencia. Me obliga a salir de mí, a descubrir un fundamento que sostenga ese amor gratuito, esa esperanza que se ofrece a través del servicio que se realiza. La gratuidad puede ayudar al joven a distinguir la realidad que se ve y que se maneja, que resulta familiar y fácilmente interpretable de otra realidad que se intuye, que es misteriosa, que se escapa de nuestro control y que nos asoma al misterio, y a la que podemos acceder sólo a través de la experiencia religiosa.

La autenticidad de la propia vida, su profundidad y su misterio se descubren cuando el ser humano se decide a descentrarse. Nuestra existencia empieza a adquirir consistencia y sentido cuando es capaz de estar a la escucha del otro, de sus necesidades y de sus gritos de auxilio. Salir de uno mismo es el camino para encontrarse en la autenticidad. Vivir es emprender un camino de éxodo hacia los demás. Y en ese camino comprobamos la existencia de obstáculos, de límites, tenemos experiencias de contraste que nos obligan a buscar. El otro y su sufrimiento nos impulsan a abrir los ojos y a mirar más allá. El adolescente y el joven en sus experiencias cotidianas de disponibilidad, de altruismo, de servicio gratuito, con su viva sensibilidad ante el dolor y la injusticia... van captando sus impotencias, sus límites, su realidad de criatura contingente: el otro se convierte en símbolo, puente hacia una posible realidad de la que pueda proceder la luz y el sentido que se ansían.

### *3.5 La oración como reconocimiento del Misterio y de la propia realidad*

Hemos de acompañar a los jóvenes para que su experiencia cristiana eche raíces en los estratos afectivos más profundos de su persona, y de esta forma se dejen conformar en lo más íntimo por la fuerza transformante del amor de Dios. Para que esto sea posible debemos ayudarles a responder con autenticidad a la llamada de Dios en sus vidas, viviendo la fe como encuentro personal, haciendo que la oración

unifique la persona y descubriendo la vida como proyecto con sentido.

En la oración se realiza el dinamismo último de la fe. En cualquier circunstancia, en el éxito o en el fracaso, con palabras o sin ellas, en el silencio del dolor o en el silencio de la contemplación del Misterio, tiene lugar en la oración ese encuentro personal con Dios anhelado por el creyente. Y aquí surge un problema para la pastoral juvenil. No es difícil crear un ambiente en el que sea bien acogida la oración comunitaria. Hay predisposición y disponibilidad para celebrar la eucaristía con una participación gustosa en los diversos aspectos de la liturgia. Pero tenemos que reconocer que con frecuencia la oración personal naufraga en un mar plagado de escollos como la mentalidad empirista, la incapacidad para la soledad, la búsqueda de gratificación, la falta de sentido y de veneración frente al Misterio, la poca profundidad del acto de fe.

Con su sencillez desconcertante y profunda, Teresa de Jesús describe así la oración: "(...) que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama"<sup>13</sup>. La oración se vincula con el amor. Y así está al alcance de todos: "Mas hase de entender que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amar"<sup>14</sup>.

Si la oración es una concreción del amor y de la amistad urge continuamente a buscar tiempos de oración y, al mismo tiempo, los relativiza. Los urge porque el amor y la amistad no son posibles sin momentos específicos de encuentro, y al mismo tiempo los relativiza porque la oración entendida de esta forma se abre a la vida, que se convierte entonces en el espacio para la experiencia de esta amistad: lo decisivo de la oración es la relación entre los protagonistas de esta historia que se inserta en las coordenadas del espacio y del tiempo. Pero se trata de una amistad teologal, de una relación con el Misterio de Dios. Esto es evidente pero se olvida con frecuencia que no se le puede exigir necesaria ni principalmente las consecuencias psicológicas de una amistad humana. El encuentro con Dios tiene unas raíces más profundas y desata otras dinámicas y exigencias, que pasan por los mecanismos de la psicología humana, pero que no se identifican con ella<sup>15</sup>.

Si la oración personal del joven se queda en el qué se trata y no con el quién se trata, se banaliza. Es la relación personal con el Tú el que decide sobre el sentido, el valor, la calidad de la oración personal. Por eso resulta difícil orar si no hay conciencia de la propia interioridad, si no se abre un espacio de intimidad a Dios, si no se sabe aguantar en la soledad frente al Misterio.

<sup>13</sup> TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 8, 5, en *Obras completas* (Edición, introducción y notas de P. ISIDORO DE SAN JOSÉ), Ed. de Espiritualidad, Madrid 1963, 56.

<sup>14</sup> TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*, 5, 2, en *ibid.*, 912-913.

<sup>15</sup> Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración, historia de amistad*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1981, 42-45.

Para Teresa de Jesús la oración es encuentro en el amor y en la verdad: es la puerta para conocer a Dios y conocerse a sí mismo. Es camino de verdad: "(...) porque desde niña se había dado tanto a la oración -que es adonde el Señor da luz para entender las verdades- (...)"<sup>16</sup>.

La búsqueda de la verdad, la amorosa receptividad de esta verdad es la premisa que engloba toda la pedagogía teresiana sobre la oración. No se trata de una verdad que se capta simplemente de forma intelectual. Para Teresa de Jesús es una verdad vital. En la oración hay desvelamiento, se abren los ojos sobre la realidad de Dios y sobre el misterio del propio corazón. La oración es fuente de conocimiento y reconocimiento de sí mismo: se rompen las máscaras, se desactivan los autoengaños, se acepta con gozo la propia realidad en su pobreza y posibilidades. Esto garantiza la autenticidad de la oración. Pero lo decisivo es la experiencia del amor de Dios: es el elemento esencial y configurante de la oración cristiana<sup>17</sup>.

En la oración se experimenta el amor de Dios como fuerza y como luz que integra e ilumina la interioridad afectiva desde su raíz, y que debe llevar al joven a un amor oblativo en medio de sus condicionamientos y fragilidades. Por eso el criterio decisivo de la calidad de la oración se da en la vida, en la vida hecha servicio, proyecto de futuro según la voluntad de Dios, discernida en la oración. La experiencia cristiana es asumida seriamente cuando la fe y la oración conducen a contemplar y definir la vida como un proyecto.

Cuando hablamos de proyecto personal, se ha de intentar responder a tres preguntas básicas: "¿Quién soy yo? ¿Qué deseo, qué puedo, qué debo hacer en la vida? ¿Cómo lo realizo?" El entramado esencial de todo proyecto personal está sostenido por un conocimiento y aceptación de la propia persona, con sus posibilidades y límites, por una meta que estructura mi interioridad y pone en tensión mi persona y sus energías, por un discernimiento cuidadoso que guíe en el planteamiento y realización de ese proyecto. Esto implica una jerarquía de valores con un valor central que vertebra la persona interiormente, que debe estar enraizado en los estratos profundos de la afectividad, de forma que sea capaz de comprometer responsablemente la libertad del individuo, soportando renunciadas y frustraciones.

El proyecto ha de ser articulado en función de tres fidelidades básicas: la fidelidad a sí mismo, desde el realismo de la fe, la fidelidad al valor que da coherencia, sentido y plenitud a la propia existencia, la fidelidad a la situación histórica concreta, sobre todo a las personas con las que me toca vivir<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*, 10, 13, en *ibid.*, 954.

<sup>17</sup> Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *o. c.*, 56-68.

<sup>18</sup> Cf. J. M. ILARDUJA, *El Proyecto Personal como voluntad de autenticidad*, Ed. ESET, Vitoria <sup>3</sup>1994, 15-28.

El joven va vertebrando su experiencia cristiana cuando vive la fe como encuentro, cuando va creciendo en una oración que va transformando su horizonte interior y sus criterios, y cuando hace de Jesús y de su Reino el proyecto de su vida. Esto conlleva un proceso complejo de búsqueda, de renunciaciones, de rupturas, de discernimiento. Pero el proyecto personal no puede ser el resultado de un afán perfeccionista y voluntarista, ni la consecuencia inconsistente de un idealismo narcisista. El proyecto debe ir surgiendo como el fruto maduro de una libertad, que se deja iluminar y guiar por el Espíritu de Dios.